



1.º DE AGOSTO DE 1852.

DOS SECRETOS,

NOVELA ORIGINAL.

CAPÍTULO II.

EL GRAN CONSEJO.

Entre los mejores amigos de D. Pedro Ponce de Leon, se distinguía por su nobleza y altas prendas D. Pedro Perez de Guzman, anciano de todos respetado, gran almirante de Castilla, señor de no pocos estados y deudo del poderoso conde de Niebla, con quien estaba desavenido hacia algunos años, á causa de unas heredades que se disputaban tenazmente. A casa de este caballero se encaminaba el alguacil mayor de Sevilla, cuando fué atacado por los asesinos, y después que los ahuyentó, con la ayuda del embozado, siguió tranquilamente su camino, y resonaron sus espuelas en los anchos salones del almirante de Castilla.

Cuando se presentó el alcaide, ya estaban reunidos en ellos crecido número de hidalgos, entre los cuales se veían D. Pedro Perez de Guzman, dueño de la casa, Colmenares, Alfonso de Peralta y otros muchos nobles de los que ocupaban poco antes la plaza de la Catedral.

—Adelante, señor de Marchena: dijo el almirante de Castilla descubriendo á su ilustre amigo, que desde el dintel paseaba su mirada severa y fria sobre la numerosa reunion.

Adelantose el noble alcaide, y tomó asiento á la derecha de Don Pedro Perez de Guzman. Los circunstantes lo saludaban á su paso con marcadas muestras de respeto; Colmenares frunció las cejas, y el almirante prosiguió:

- Mucho habeis tardado, D. Pedro.
- Es verdad, repuso el alcaide; pero no ha sido culpa mia.
- ¿Os han detenido los negocios?
- Me han detenido las espadas.
- Contad: dijeron á la vez casi todos los congregados.
- ¿No sabeis, señores, que en nuestra ciudad se asesina?
- ¿Han pretendido asesinaros? preguntaron muchos hidalgos.
- Me atacaron dos miserables en la plaza de la Catedral.
- ¿Están presos? preguntó Colmenares con vivo interés.
- No por cierto. Huyó el uno de ellos.
- ¿Y el otro?
- Murió la tierra.
- ¿Lo habeis reconocido?
- No.

—Es indispensable averiguar quiénes son esos asesinos, dijo Colmenares levantándose.

Varios caballeros le imitaron; pero deteniéndolos con su ademán, añadió:

—Van á tratarse en esta reunion negocios de tal importancia, que no podeis abandonarla sin faltar á vuestro deber: conmigo basta para averiguar cumplidamente lo que saber deseamos todos: confiad en mí, y os aseguro que no tendreis de qué arrepentiros.

—Tiene Colmenares razon, dijo el alcaide agradeciendo la solicitud de su amigo: los caballeros se sentaron y Colmenares se marchó.

El conato de asesinato, referido por el alcaide con tanto aplomo y lacerismo, preocupó vivamente los ánimos y fué objeto de una acalorada discusion; tanto mas interesante y viva cuanto que en ella se mezclaba la figura del embozado, figura que venia á enriquecerla con los atractivos del misterio. De mano en mano pasó la espada que habia recibido el alcaide de su defensor; la examinaron uno por uno con singular detenimiento, y acabaron por declarar que desconocian completamente su misteriosa procedencia. Este resultado, contrario á las esperanzas de todos, era natural, porque la espada no tenia cifra que pudiera indicar un nombre ó apellido, riqueza que la presentara como alhaja de un gran señor; y se distinguía únicamente por su temple y por haber sido forjada en las fábricas de Toledo, famosas en tiempo de Augusto y famosas en nuestros dias, gracias á las aguas del Tajo, que corre bañando sus piés.

Dejando á un lado este episodio, aunque de no escaso interés, se dispuso la hidalga asamblea á tratar detenidamente de los gravísimos sucesos que al procomunal afectaban, y el almirante de Castilla bosquejó en un breve discurso el cuadro, sombrío probablemente, que debia presentar muy pronto la capital de Andalucía, á causa de la grande influencia que empezaba á ejercer en la corte el conde de Niebla, su deudo. Este cuadro, nada halagüeño, contristó no poco los ánimos; y el almirante, asemejándose á los discretos misioneros que después de haber arrancado lágrimas á los pecadores, presentándoles todos los tormentos que padecen los condenados, vuelven la oracion por pasiva, habiéndoles con voz mas suave de las misericordias divinas, tomó mas fiero continente y terminó así su discurso:

—Después de no haberos ocultado los peligros que nos rodean, justo será que tambien hable de los medios de prevenirlos, y voy á hacerlo sin tardanza. El conde de Niebla dispone de la autoridad del monarca, como su tutor que es, pero el mandato no debe intimidarnos mucho sino le da apoyo la fuerza. D. Juan Alonso de Guzman no hará que el gobierno reuna hueste para saciar sus ambiciones ó satisfacer sus agravios, y buscará los auxiliares de la autoridad que está ejerciendo entre sus amigos de Sevilla. La ley no tiene aqui gran fuerza, pero, sin embargo, el prestigio de la autoridad favorece; y una autoridad sostenida por buen número de hombres armados duplica las fuerzas de un bando. Que el conde de Niebla tiene amigos entre nosotros es muy llano; que arrancará la autoridad de manos del señor de Marchena es evidente; que puesto un hombre decidido y plenamente autorizado á la cabeza de los parciales de Guzman el Bueno puede hacernos gravísimos daños, es patente. Nosotros no podemos impedir que la autoridad pase á manos de un amigo del conde de Niebla.... ¿Qué debemos hacer?... Debemos debilitar tanto el partido de D. Juan Alonso de Guzman, que cuando quiera sujetarnos no encontremos en Sevilla elementos propicios á su voluntad. Conduzcámonos de manera que los partidarios mas ilustres del conde se vean obligados á salir huyendo de la ciudad, y poco nos importará después que á nombre del rey se nos mande, sino hay fuerza que nos obligue á obedecer el real mandato.

El discurso del almirante interpretó perfectamente el pensamiento de la asamblea; pero como en el siglo XIV no se aplaudian ruidosamente las peroraciones, en vez de dar estrepandas palmadas y gritar repetidos bravos, se contentaron los circunstantes con manifestar su asentimiento inclinando un poco la cabeza: y eso que Perez de Guzman hablaba con tanta facilidad y aplomo, que ni una vez usó la palabra señores, recurso de los oradores modernos.

Convencidos todos de que era necesario intimidar á los partidarios del conde, no intentaron perder el tiempo en pronunciar varios discursos, y en vez de hablar, se entregaron á profundas meditaciones, buscando la mejor manera de dar el golpe decisivo, y de cortar, si era posible, en un solo cuello la gran cabeza de un partido.

Aquella asamblea silenciosa imponia mas seguramente que los ampulosos discursos de los mas diestros oradores; y una palabra que acertara á interpretar el pensamiento de los caballeros, podia decidir la vida ó la muerte de algunos millares de hombres. Para un atento observador, nada mas curioso que el exámen de aquellos rostros contritos, cuyos músculos se dilataban al vislumbrar una idea feliz, para volver á contraerse en el momento que la idea no daba todo el resultado que hizo esperar en un principio; y así sucedia que unos ojos se animaban cuando otros perdian su brillantez, que unas cejas se dilataban cuando otras cejas se fruncian, que las palabras se asomaban á unos labios, cuando otros labios mordidos quedaban y sangrientos.

Silencio tan grave y profundo vino á turbar un incidente, que en otra circunstancia cualquiera no hubiera llamado la atencion de tan adustos caballeros: este incidente fué la entrada de Colmenares, que habia tomado voluntariamente la grave tarea de averiguar quiénes habian atacado aquella noche á D. Pedro Ponce de Leon. La presencia de Colmenares recordó, como era natural, este interesante episodio, y todos los nobles á un tiempo se apresuraron á pedirle noticias fieles y abundantes. Colmenares se adelantó hasta el almirante y el alcaide, y colocándose en el puesto que habia ocupado poco antes, dijo:

—Cuando llegué á la plaza en vano procuré encontrar el cadáver del asesino, que segun nos dijo el noble alcaide, mordió la tierra, pagando así su infame y cobarde traicion; porque sus cómplices, sin duda, lo habrian retirado de allí, para quitar de esta manera una clara prueba del crimen, y hacer que por el asesino no pudiéramos descubrir quiénes habian armado su brazo. Mucho sentí que me faltara una prueba, que podia ser tan importante y conveniente; pero no desmayé por ello, antes bien las dificultades me impulsaron á desplegar mas solicitud y diligencia. He tomado varios informes, que seria largo referir; he examinado por mi mismo varios lugares, que debo callar por el momento: he sorprendido algunos secretos, que solo puedo revelar á D. Pedro Ponce de Leon; pero si diré á la asamblea, asegurándoselo bajo mi palabra de honor, que el jefe de los asesinos, el que los impulsó al delito es EL CABALLERO.

—¿No puede ser otro? exclamaron muchos hidalgos á la vez.

—Y aqui tenemos, repuso el almirante, el mejor medio de humillar y debilitar á los partidarios del conde, cortando la cabeza á EL CABALLERO; pero cortándosela como á caudillo de asesinos.

D. Pedro Perez de Guzman acababa de interpretar segunda vez el pensamiento de la asamblea, y mereció su aprobacion de una manera incontestable. Declararon los caballeros, de comun acuerdo, que Don Ramiro era el principal autor del crimen, y que para dejar satisfecha la vindicta pública, era necesario imponerle un castigo ejemplar y pronto, capaz de llevar el terror á los mas nobles y decididos partida-

rios de D. Juan Alonso de Guzman. Con arreglo á esta decision, comenzaron á buscar los medios de realizarla prontamente, y dijo Alfonso de Peralta:

—Conforme con la resolucion que acaba de tomar la asamblea, debo manifestar tambien que no lo creo de muy fácil realizacion.

A estas palabras de Peralta respondieron varios murmullos.

—No hay por qué murmurar, señores míos, prosiguió Peralta, encarándose con los que daban aquella muestra de desaprobacion, ni permitiré que nadie me corte el hilo del razonamiento. Tengo que decir algunas palabras, y las diré tales cuales las he pensado, á pesar de todos los murmullos y de todos los murmuradores del mundo.

Alfonso de Peralta llevaba la razon y una buena espada de Toledo, que manejaba perfectamente, y ante estas dos poderosas razones tuvieron á bien guardar silencio cuantos lo habian interrumpido. El caballero prosiguió:

—Decia, que no creo muy fácil cortar la cabeza en un cadalso á EL CABALLERO; en primer lugar, porque D. Ramiro es la mejor espada de Sevilla, y no se dejará coger vivo de soldados ni ministriles; y en segundo, porque si lográramos prenderlo, se levantarían para libertarlo todos los amigos del conde, y acabaríamos por tener que dar una batalla. Este caso ha de llegar, y me parece lo mejor no perder el tiempo en planes, que serán muy buenos, pero que no han de realizarse. Ataquemos, espada en mano y á la luz del día á todos los parciales de D. Juan Alonso de Guzman, ataquémoslos antes que puedan protegerlos el conde de Niebla, en su cualidad de tutor, y obliguémoslos á huir de Sevilla ó á quedar muertos en sus calles.

Los que mas habian murmurado aplaudieron mas estrepitosamente las últimas palabras de Peralta; lo que prueba que en el siglo XIV se pasaba de la adulacion á la censura y de la censura á la adulacion, con la misma facilidad que en el siglo XIX.

Todos iban á levantarse, y quizás á correr á las armas, cuando los detuvo un ademán de D. Pedro Ponce de Leon, y la voz de D. Enrique de Colmenares, que dijo:

—Tengamos calma, caballeros, que voy á responder dos palabras al señor Alfonso de Peralta. Me comprometo solemnemente á apoderarme esta misma noche de la persona de D. Ramiro, y para ello no necesito ni auxiliares ni compañía.

Peralta se encogió de hombros, como quien no quiere contradecir aunque presta poquísima fé á cuanto oye, y D. Pedro Ponce de Leon añadió:

—Yo respondo de que, una vez preso y condenado D. Ramiro, se ejecutará la sentencia.

La palabra del noble alcaide tenia demasiada autoridad para que nadie la contradijera, y casi todos los concurrentes manifestaron su asentimiento á lo que acababa de decir; solamente Alfonso de Peralta volvió á encogerse de hombros, consignando de esta manera sus temores ó su incredulidad.

En tal estado la discusion, tomó la palabra el gran almirante de Castilla, y dijo:

—Acaba de manifestarme D. Pedro Ponce de Leon que lo llaman lejos de aquí gravísimas ocupaciones, y que debemos, por lo tanto, poner fin á nuestra reunion. En este caso creo oportuno proponer á la deliberacion de la asamblea la cuestion, tal como la presentó en un principio D. Enrique de Colmenares, y cuya ejecucion acaba de garantizar el señor alguacil mayor. ¿Se procederá á la prision de ese aventurero conocido por el sobrenombre de EL CABALLERO?

—Se procederá, gritaron todos los concurrentes, menos Peralta, que se encogió de hombros.

—Preso que sea, añadió el almirante, ¿se le condenará á ser degollado por asesino y se ejecutará la sentencia?

—Se le condenará y ejecutará la sentencia, gritaron todos, menos Alfonso de Peralta, que volvió á encogerse de hombros con la mayor frialdad del mundo.

—Ahora, señores, debemos esperar tranquilos que D. Enrique Colmenares cumpla su palabra, y mañana nos reuniremos para tomar las determinaciones que las circunstancias reclamen.

La asamblea se disolvió al momento, fraccionándose en varios grupos que tomaron distintas direcciones. D. Pedro Ponce de Leon y D. Enrique Colmenares se dirigieron hácia el alcázar, que habitaba el primero en su cualidad de alcaide; y Alfonso de Peralta, sin mas compañía que su espada, lo que hacían muy pocas personas en tal época y á tal hora, se internó por las estrechas calles de aquella ciudad medio árabe. Andando estuvo media hora, al cabo de la cual llegó á una plazuela, que formaban una casa grande y un convento. O no era Peralta buen cristiano, ó iba singularmente preocupado, porque sin llevarse la mano al sombrero ni dar ninguna otra muestra de respeto, pasó por delante de la iglesia, llegó á la puerta de la casa, y dió tres golpes con un enorme aldabon de bronce, que tenia la forma de un perro. Apenas habian repetido los ecos del oscuro palacio los golpes, cuando se abrió un postigo de la puerta, y se pre-

sentó en él un hombre de formas hercúleas y medio vestido de guefra.

—¿Quién llama? preguntó este hombre con una voz que retumbó mas que el aldabon de la puerta, y que parecia en cierto modo un grito de alerta dado á los guardianes de la casa.

—Un amigo, respondió Alfonso de Peralta, desembozándose al mismo tiempo.

—¿Qué quiere el amigo? volvió á preguntar el gigante.

—Hablar ahora mismo á EL CABALLERO.

El gigante iba á replicar, pero se detuvo, porque sintió una mano que le tocaba el brazo, é inmediatamente se puso delante de él un anciano de sesenta años, pero fuerte y vigoroso aun, que dirigiéndose á Peralta, dijo:

—Pasad adelante, caballero.

Peralta no esperó segunda invitacion, cruzó el umbral, atravesó un largo zaguan, subió una magnífica escalera, y entró en una sala ricamente amueblada, pero alumbrada débilmente. El anciano que le habia servido de guia le ofreció un sitio cerca de una buena chimenea, y quedándose de pié á dos pasos, le dijo:

—¿Qué tiene que mandar el caballero?

—Quiero hablar inmediatamente á D. Ramiro, repuso Alfonso de Peralta.

—Es imposible, caballero.

—El asunto que aquí me trae es urgente y de muchísima gravedad.

—No dudo de su gravedad ni de su urgencia, pero en este momento no podeis hablar á D. Ramiro.

—¿No está en su casa por ventura? preguntó Peralta impaciente.

El anciano no respondió: Peralta creyó que este silencio podia ser una precaucion é insistió:

—Si no está en casa, podeis decírmelo; porque no me moveré de aquí hasta que lo vea.

—EL CABALLERO no está en casa, repuso el anciano secamente.

—¿Podeis enviármelo á llamar ó llevarme adonde se encuentre?

—No sé en dónde está EL CABALLERO.

—Si lo sabes y me lo ocultas, serás responsable de cuanto suceda.

—Repito que no sé en dónde está.

—Pues lo esperaré hasta que venga.

Peralta se acomodó bien en su sitio; el anciano se retiró algunos pasos mas, y quedó de pié con la inmovilidad de una estatua.

(Continuad.)

JUAN DE ARIZA.

PLESSIS-LES-TOURS

EN TIEMPO DEL REY ENRIQUE III.

1589.

Las sombrías murallas del antiguo edificio se dibujaban en el horizonte del norte: aparece iluminado, y su resplandor aumenta la oscuridad de los puntos lejanos.

COOPER.—El Piloto.

LA CALLE DE LA BAROQUE.

En una de las tortuosas calles que parten como saltando desde el pié de la iglesia metropolitana de Tours, semejantes á los hilos de una inmensa red, cuyo centro seria dicho templo, se elevaba en otro tiempo un edificio de venerable apariencia: su puerta baja y de forma ogival, sus ventanas sólidamente enrejadas, sus techumbres angulosas y macizas parecían prometer al arqueólogo una historia completa que descifrar. Existe efectivamente en la fisonomía de un monumento, en cada uno de sus mas notables rasgos, no sé qué indicios reveladores de su destino y del de los seres que han mezclado su existencia á la de los antiguos muros: su carácter, su vida, sus costumbres, sus pasiones, han dejado indudablemente en ellos algunas huellas de su paso; y esto es tan cierto que no hay mas que tocar esas piedras, esos rostros ennegrecidos y rajados por el tiempo, para que al punto nos revelen el secreto de los dolores y de las alegrías de los personajes que en otro tiempo los animaban.

Y con todo, lo que hubiera podido leerse en la frente abatida del viejo edificio que nos ocupa, no era otra cosa que la historia de su misma época. El cuidado que le inspiran los ataques nocturnos, se traslucía por las barras, rejas y cerrojos que componian todo el lujo de su imponente tocado; así como el musgo y la yerba que lo tapizaban, descubrian á tiro de ballesta el poco caso que los últimos propietarios hacían de una morada, que podían verse obligados á abandonar cuando menos lo pensasen.

En efecto, hacía la época en que da principio nuestra historia, es decir, hacía el mes de agosto de 1589, la Francia se veía asolada en todos sentidos por la guerra civil; los partidos desgarraban alternativamente el ya destrozado manto de la patria, y nadie, entre tanto desorden y conflictos sin cuento, estaba seguro de que le sería posible

conservar un día el albergue que momentáneamente ofrecía descanso á sus trabajados miembros.

Catalina, la cautelosa Catalina acababa de morir en Blois, dejando á manos impotentes el laborioso empeño de desenredar los enmarañados hilos de su política. Agotadas las fuerzas de Enrique III por la obra



gigantesca que acababa de concluir consumando la ruina del ambicioso Guisa, había vuelto á caer en su habitual estado de molición. Rodeado de sus fútiles favoritos, perdía, después de haber dado aquel gran golpe, un tiempo precioso en preparativos de ceremonias y de procesiones, cosas ambas en las cuales sobresalía sin disputa. Comenzaba

no obstante á apercibirse de que sus consejeros, al repetirle el proverbio, *morta la bestia, morto il veleno*, solo le habían inspirado un crimen enteramente inútil. Herida la Liga como de un rayo con la muerte de su jefe idolatrado, repúsose del susto y se levantaba mas amenazadora que nunca. Peroratas furibundas animaban á las poblaciones



contra un nuevo Herodes; diversos grabados representaban el asesinato del acuchillado y el de su hermano el cardinal de Lorena, escitando el fanatismo de los partidarios de la Union, y particularmente el de aquellos, que encerrados en Orleans, hacían sus escursiones hasta las mismas murallas de Blois. Por otra parte, el rey de Navarra se

adelantaba hacía el Loira con su ejército. Aborrecido y despreciado Enrique III, seguido por un reducido número de señores, se había visto precisado á salir de Blois para refugiarse en Tours. Esto no obstante, el día 25 de marzo tuvo el placer de presidir una ceremonia que él mismo había dispuesto, á saber, la instalacion de su parla-

mento en sesión solemne de *túnicas encarnadas y toquillas de ala levantada*, en la abadía de San Julian, cuya magnífica iglesia sirve hoy de punto de partida á las mensajerías del país. Acababa de colocar al frente de las diezmadras falanges de este cuerpo poderoso al señor de Espesse, su abogado general, hombre de talento y de conciencia. Así se había procurado un simulacro de corte, agrupando á su alrededor los restos de su esplendor y de sus tropas, aunque muy incierto respecto al rumbo que debería tomar en tan críticas circunstancias. Faltábale Catalina, y abandonado á sus propias fuerzas parecía como admirado de tener que guiarse á sí mismo. El pueblo en que se hallaba refugiado estaba muy lejos de serle unánimemente adicto, pues conservaba en su seno los mismos géneros de discordia que convertían á la Francia en un vasto campo de batalla. Los tres partidos tenían en Tours fautores y representantes, y esto justificaba las precauciones extraordinarias que todos tomaban por su seguridad, precauciones que se habían prodigado con esceso en el gran edificio que antes hemos mencionado.

Rodeábale por todas partes la oscuridad de una noche sombría que no turbaban los ecos de los vigilantes, pero á despecho de los reglamentos, que caían con la autoridad que los hacía respetar, se notaba un vivo resplandor al través de las barras del piso bajo. Si las miradas

del lector hubiesen podido penetrar hasta el interior de la sala que los habitantes del edificio habitaban entonces, se hubiera sorprendido al examinar el cuadro que presentaba.

Un fuego brillante chispeaba en el centro de la ancha chimenea que ocupaba el fondo de la estancia. En uno de sus ángulos, y siguiendo con la cabeza el movimiento de la rueda que su pié hacía girar cadenciosamente, se veía sentada una vieja, con el venerable traje de las matronas de aquella época. Su corpiño de buriel, su capote negro y su caperuza del mismo color, respiraban una antigüedad y una rústica limpieza muy respetables. En el extremo opuesto, y sumamente encogido, yacía un gatazo negro, que fijaba sus feroces ojos en los menores gestos de la vieja, y parecía reprimir, por respeto á su ama, los vivísimos deseos que sentía de jugar con el ovillo, que daba incesantes vueltas como para incitarle. Una mesa enorme ocupaba el centro de la sala, y una lámpara de bronce despedía sus resplandores sobre un rico tapiz floreado que cubría el piso. A un lado se hallaba sentado un hombre como de sesenta años en una vasta poltrona de cuero de Hungría: una cadena de oro que le cruzaba el pecho, era el único adorno que suavizaba la severidad del traje, completamente negro, pero cuyo conjunto revelaba elegancia y comodidades. La luz de la lámpara que caía aplomo sobre su frente calva y cubierta de profundas señales, hacia



resaltar la firmeza de sus facciones, que no carecían de cierta nobleza. Parecía absorto en la lectura de un grande *in folio* con broches de plata, y que era fácil reconocer por una Biblia. Nada le distraía de sus religiosas meditaciones; ni las travesuras del gato, ni las reprimendas que á este dirigía la anciana, ni los inocentes juegos de otra persona sentada, ó mas bien recostada casi á sus piés sobre ricos cojines de terciopelo morado, conseguían sacarle de su arrobamiento.

Era una jóven como de diez y seis años, cuya graciosa actitud y distinción contrastaban singularmente con la severidad de todo cuanto la rodeaba. Su talle, flexible y delicado, parecía plegarse con maravillosa facilidad y tocar apenas el improvisado lecho que acababa de arreglar. Sus piés y sus manos, como las de una hada, rivalizaban en pequeñez; velaban sus ojos largas pestañas, en tanto que ella los fijaba en una labor de tapicería, de modo que no se podía conocer de qué color eran. Colocada como hemos dicho, tenía alguna cosa de la encantadora y púdica espresion que diviniza á las madonas de Rafael. A veces erraba una sonrisa sobre sus labios rojos, y formando dos hoyuelos en el nacimiento de sus mejillas, dejaba ver unos dientes de esquisita blancura. Todos sus movimientos respiraban una gracia juguetona, de que hubiera podido tener celos el sedoso compañero de la anciana. De vez en cuando animaba su fisonomía una espresion maliciosa, y esto sucedía siempre que sus infantiles inspiraciones se estreñaban en la tranquilidad imponente del anciano. Reinaba, en fin, una especie de recogimiento en aquella estancia, cuando precisamente estallaban por todas partes los furiosos de la guerra civil, que el espectador indiscreto de esta escena doméstica no hubiera podido menos de conmovirse.

Cansada al fin de la inutilidad de sus estratagemas, la jóven empujó suavemente, con la punta del ligero instrumento de que se servía para bordar, un ancho pliego colocado sobre la mesa y rodeado de una hebra de seda, de la cual pendía un enorme sello de cera verde, hasta que consiguió ponerlo á la vista del silencioso lector.

—Niña, dijo este en tono á la vez suave y severo, acariciando con su mano los rubios bucles de aquella hermosa cabellera, ¿cuándo has de tener juicio?

—Perdonad, padre mio, contestó la jóven con seductor acento: os ruego que no os enfadéis. En ese santo libro habreis visto que la curiosidad es un pecado femenino, y... ¡debe ser tan interesante esa misiva!

—Si; Eva fué curiosa, y por eso se vió arrojada del Paraíso. Pero veamos: no murmures mas, y pronto sabrás, si es posible, lo que encierra ese sello que tanto te da en qué pensar.

Mesir Guillermo rompió la cubierta y recorrió con la vista el misterioso mensaje; pero la jóven se llevó chasco en sus esperanzas, pues vió que la frente de su padre se oscurecía á medida que iba leyendo. Sordas imprecaciones se escapaban de sus labios, hasta que dando un golpe con el puño sobre la mesa, exclamó:

—¡Infame! Esto es muy digno de él.

—¡Padre mio!... ¡Por el cielo!

—¡Amo y señor! gritó la señora Marta, levantando los brazos y mirando al caballero sobresaltada.

—Los realistas siguen batidos, prosiguió el último sin hacer caso de aquellas exclamaciones, y ¡Valois! ¡el pérfido y cobarde Valois! ¡enviar ese sacerdote papista á Mayena! ¡Pedirle gracia y merced!

¡Alargar al hermano, en señal de alianza, una mano teñida en la sangre del hermano! ¡Le juzga tan insensato como él!—Oh! añadió separando con ira el sillón y poniéndose á pasear precipitadamente por el aposento, al paso que una ráfaga de entusiasmo brillaba en su rostro: ¡ahí está el dedo de Dios! Los verdugos de mis hermanos vuelven contra sí sus propias armas y se desgarran como lobos hambrientos: *quærens quem devoret*, ha dicho el Evangelio. Enrique de Guisa, asesino de nuestro virtuoso almirante, consejero traidor de la carnicería de San Bartolomé, ya has caído á los piés de los degolladores... asalariados... ¿por quién? por Enrique de Valois, tu pariente, tu amo, y uno de los héroes de aquella noche fatal...

—¡Padre mio!... ¡Padre mio!...

—Sí, continuó el anciano, exaltándose con el recuerdo del degüello de sus correligionarios; sí... así perezcan todos los que fraguaron tan infame complot.

Tú no has visto, niña, añadió dirigiéndose á su hija, tú no has visto, como yo, violados nuestros templos, nuestras casas entregadas al saqueo, nuestros deudos asesinados en nuestra presencia, el Loira ensangrentado, cubierto de cadáveres, como si fuesen pedazos de hielo, y tu desventurada madre...

Un sollozo le cortó la palabra y se cubrió el rostro con las manos.

—¡Venganza! ¡Venganza! gritó irguiendo de nuevo la frente. Santos mártires del Evangelio, vuestros verdugos serán vuestros vengadores.

—Perdon, perdon, le dijo su hija, arrojándose en sus brazos anegada en llanto y señalándole la Biblia: Cristo perdonó á los suyos...

Conmovido el anciano la estrechó con efusión contra su pecho, y moviendo la cabeza respondió después de una breve pausa:

—Tienes razón y vales mucho mas que yo; pero... ¡es tan difícil olvidarlo!... Y se escapó de su alma un profundo suspiro; por último añadió con mas sosiego:

—Enrique de Valois, te alejas de tu último apoyo, y nuestro bien amado el Bearnes...

—A quien Dios proteja, murmuró la anciana Marta.

—Y poseído de un vértigo te arrojas en brazos de tus mortales enemigos. ¡Cuidado! Ya inclinas la cabeza ante ellos... ¡Lo haces por ventura para que te concedan la tercera corona que te reservan hace tanto tiempo?

Sí, prosiguió como animado de una inspiración profética... ¡Cuidado! Porque la Escritura dice que el que mata con espada perecerá por la espada...

—En nombre del cielo, padre mio... ¡Si os oyese!

Al mismo tiempo resonó por todas las bóvedas del edificio un golpe violento que aplicaron á la puerta.

—¡Jesús! gritó la vieja cayendo de rodillas y dejando escapar la rueca de sus manos.

La joven enlazó sus brazos al cuello de su padre, que exclamó con impaciencia:

—Sois unas locas. ¿Qué significan esos necios terrores? Abrid, añadió volviéndose hacia la señora Marta, que temblaba de miedo: abrid, pero averiguad primero si los que llaman son amigos ó enemigos.

La pobre ama de gobierno se levantó del suelo, á pesar suyo, y se dispuso á indagar por la estrecha abertura practicada en la puerta principal, qué clase de huéspedes se anunciaba de un modo tan estrepitoso.

(Continuará.)

DIVERSIONES ANTIGUAS.

Cuando hemos finalizado las tareas á que habitualmente estamos dedicados, cuando el estudio fatiga el espíritu ó el trabajo agota las fuerzas físicas, buscamos una ocupación frívola que nos proporcione algunos momentos de sosiego, á la par que nos facilite el volver á las faenas con mayor ardor, con mas laboriosidad. La distracción es una exigencia imperiosa de la naturaleza. Por esta razón vemos que todos los pueblos, ora hayan disfrutado de los beneficios de la civilización, ora permanezcan en estado de barbarie, han adoptado desde los tiempos mas remotos cierto género de diversiones adecuadas á su situación y estado, que cumplen con esa obligación de la ley natural. El hombre aislado, el que vive lejos de la sociedad, siente esa misma necesidad, y no pudiendo satisfacerla con los espectáculos y demás pasatiempos que aquella proporciona, la suple con el paseo y con la contemplación de las maravillas de la naturaleza.

Si no fuera nuestro único objeto el dar una ligera noticia de las diversiones públicas y privadas que se conocieron antiguamente en esta nación, espondríamos algunas consideraciones filosóficas acerca de su mayor ó menor importancia, de la influencia que pueden ejercer

en las costumbres de un pueblo, si pueden producir la civilización ó son capaces de desmoralizar, qué clase de intervencion deben tener en ellas los gobiernos, y otros varios puntos ó temas que son inherentes á esta cuestión cuando se la considera con relacion al sistema político.

DIVERSIONES PUBLICAS.

Los restos de circos que se encuentran todavía en las poblaciones que fueron conventos jurídicos durante la dominación romana, ó que adquirieron importancia por la multitud de habitantes que encerraban dentro de sus muros, nos demuestran que los españoles adoptaron las diversiones peculiares á sus conquistadores, y admitieron los espectáculos y juegos conocidos en Roma.

Los etimologistas latinos hacen derivar la palabra *ludus*, juego, de *luxus*, lujo, suponiendo que no se conoce en las naciones frugales y enemigas del fausto y de la ostentación. Algunos sostienen que proviene del nombre *lidius*, fundándose en que dice Herodoto, que «Ciro hizo que los lidios degenerasen en mugeres con la música, con los vestidos y con la vida mole... fueron los primeros que inventaron los juegos que hoy se usan en Grecia». No nos parecen exactas estas etimologías, porque si bien es cierto que la ociosidad hace que esta distracción llegue á convertirse en un vicio, y con la inconstancia consiguiente á la exageración de las pasiones, invente nuevos medios de fomentarle; no lo es menos que varios juegos debieron su origen á los ejercicios que practicaban los que se veían en precisión de salir á campaña. Esta clase de ejercicios era entonces de la mayor importancia; porque dependiendo el buen éxito de las batallas en su mayor parte de la fuerza física, en atención á que se carecía del invento que la suple, era preciso que se desarrollara de una manera conveniente; y nada mas á propósito que una lucha pública. Los guerreros que en ella tomaban parte, lidiaban con el mismo ardor que si combatieran al enemigo, y si no conseguían mas que un triunfo momentáneo, sabían muy bien que era el preludio de una victoria mas positiva, y que algun día podrían ceñir sus sienes la corona cívica y la mural, que tanto entusiasmo les infundían.

Las fiestas de los dioses se celebraban siempre con juegos que tomaban su nombre de las divinidades á quienes estaban dedicadas. Así vemos nombrados algunas veces los juegos saturnales, florales, etc.

En estas diversiones predominaba el baile, que en su principio no fué mas que un conjunto de carreras, saltos y posturas que espresaban toscamente las pasiones que agitaban á los que tomaban parte en él. Luego que se sujetaron á una cadencia, arregladas ya á movimientos uniformes, siguiendo los compases marcados por la música, se clasificaron los bailes y se formaron diversas clases; tres eran de los que podemos hacer mencion: los de paz, los de guerra, y los dudosos. Los primeros eran los que se hacían en honor de los dioses ó de los héroes, manifestando por este medio el reconocimiento; en los de guerra se imitaban las posturas de los combatientes; y los últimos eran los de las bacantes y su séquito.

Los romanos tomaron la mayor parte de los bailes de los griegos, y estos tomaron las primeras lecciones de este ejercicio, segun dicen algunos autores, de un flautista llamado Andron, natural de Catana, en Sicilia, y así lo indica la palabra *bailar*. Otros afirman que se debe á Rea, que les enseñó á sus sacerdotes, así en Frigia como en Creta. Cleofante de Tebas le perfeccionó, y el poeta Esquilo le enriqueció con diversas figuras que introdujo en los coros de sus composiciones.

Además de las fiestas que se hacían en honor de los dioses, que eran periódicas ó celebradas en tiempo fijo, había otras extraordinarias que tenían lugar cuando triunfaban los generales de los ejércitos, ó cuando las pagaban aquellos patrios que aspiraban al consulado.

Las ordinarias ó mas frecuentes eran las carreras de carros y caballos en el circo, y la lucha de las fieras, que proporcionó á algunos mártires la dichosa ocasión de enrojecer con su preciosa sangre las arenas de la liza; el ejercicio del dardo, la carrera á pié, el salto, el disco, y por último la lucha de los atletas. Al principio no se conoció mas que la gimnasia militar, que como hemos indicado, era indispensable en aquella época para poder combatir con alguna ventaja; después siguió la gimnasia, que podremos llamar médica, que era la destinada á fortalecer el cuerpo; y hubo algunos pueblos, como los habitantes de la antigua Esparta, tan entusiastas por ella, que hacían que las jóvenes, á quienes hacían olvidar la delicadeza de su sexo, se presentaran en la palestra con la misma animosidad que los mas vigorosos gimnastas, segun nos refiere Antenor en sus viajes; y por último, la de los atletas. Para tomar parte en la lucha se untaban el cuerpo con aceite mezclado con cera y polvo, formando una especie de ungüento á que llamaban ceroma. Omitimos el hacer mencion de todas las pruebas que necesitaban sufrir para ser admitidos á la lucha, y de que decidían los jueces nombrados al efecto, y la enumeración de las leyes especiales á que tenían que someterse, porque sería muy difuso; pero no podemos menos de hacer una indicación de las recompensas que daban á los vencedores, para que pueda conocerse la importancia que daban á este es-

pectáculo. Se hacía proclamar su nombre por los heraldos que daban las palmas ó coronas; eran llevados en triunfo y cantadas sus alabanzas por los poetas mas famosos; se escribían sus nombres en los archivos públicos; eran mantenidos á espensas del público, concediéndoles varias exenciones y privilegios; y por último, se les levantaban estatuas y dedicaban inscripciones.

Los emperadores que querían tener distraído al pueblo le proporcionaban continuas diversiones, y dispusieron muchos juegos, y en ellos se distribuían las medallas *congiaria*, de las que todavía se conservan algunas, que constituía una especie de lotería; porque tenía derecho, el que tenía la suerte de cogerlas, á recibir un presente.

También conocieron el juego de pelota, denominado entonces *esferística*, que dividían en cuatro clases, á saber: *Follis*, *Trigonalis*, *Pila pagánica* y *Harpastum*. La primera se jugaba con una especie de balón grande, que se despedía con una paleta, ó pequeño y se arrojaba con la mano, y la segunda se denominaba así porque necesitaba jugarse entre tres. La *Pila pagánica*, ó pelota rústica, se usaba en los gimnasios, porque era pequeña, de piel rellena de pluma sacudida y apretada que la hacía de una dureza extraordinaria; y el *Harpastum*, que era enteramente igual al juego de los griegos, se jugaba entre dos bandos. De estas diferentes clases de *esferísticas*, hace mención Marcial en sus *Epigramas*, lib. VII, epig. LXXI.

Aunque en los autores griegos y romanos no se hace mención de mas *esferísticas* que las designadas, había además el juego de la pelota de vidrio, según aparece de una inscripción muy antigua que se halló en Roma en 1391, en el pontificado de Inocencio IX, y que se puso en una de las paredes del Vaticano. No sabemos de qué manera se jugaba.

Algunas veces en los juegos había concursos de música, en que se disputaban los premios los que tenían los varios instrumentos que entonces se conocían, y tenían que observar varias leyes que no podían contravenir impunemente. No podían sentarse aunque se cansasen, ni limpiarse el rostro, ni escupir, etc. Tácito (1) nos representa al emperador Neron sometido á estas leyes, y afectando un verdadero temor de violarlas.

Se conocían también los juegos que hoy llamamos de manos ó de prestidigitación, y á que denominaban los romanos *acetabula*, por los cubiletes de que usaban. Esta diversion, de que habla Séneca (2), llegó á ser tan apreciada por los romanos, que el pueblo decretó que se levantara una estatua de metal á Ateodoro, que había sido el mas famoso jugador de manos que entonces se conoció (3).

La última clase de diversiones públicas, era la escénica ó del teatro, de cuya historia no nos ocupamos, porque es bien conocida aun á los profanos en estas materias.

Si no todos, por lo menos la mayor parte de estos juegos se admitieron en España, como lo demuestran los vestigios de los edificios que fué preciso construir: algunos juegos que todavía se conservan, como el de pelota; y algunas palabras técnicas, que ó son las que se usaban en aquel tiempo, ó manifiestan su derivación de una manera muy marcada.

Algunas mas dudas se presentan cuando llegamos á la época de la dominación goda, porque no hallamos comprobantes fidedignos. Si atendemos á lo que nos dice D. Juan Sempere y Guarinos en su *Historia del lujo* (4), no debían conocerse entonces mas que juegos toscos y groseros, porque el lujo era completamente desconocido para aquellos pueblos tan poco cultos; pero si nos fijamos en la descripción que hace Procopio (5) de la magnificencia que habían introducido los vándalos en la Mauritania, no podemos menos de convenir en que debieron usarse mucha parte de los que dejamos numerados. Dice este autor, «que desde que entraron en Africa dispusieron mesas espléndidas, cubriéndolas cada día de lo mejor que produce el terreno; que van vestidos de seda y con ropajes de mucho gusto; pasan el tiempo en los teatros; en las corridas de caballos, en las caza y toda especie de diversiones; el baile, la comedia, la música, el canto y todo lo que sirve de deleite, les agrada infinitamente; se recrean en los jardines con banquetes magníficos á la sombra de los árboles y al fresco de los arroyos.» Nosotros creemos que habiendo adoptado los godos muchas costumbres peculiares de los romanos, no dejarían de usar de los mismos juegos, siendo así que halla la mas fácil acogida todo aquello que nos proporciona algun recreo. Pero también nos parece que no rindiendo culto á las divinidades fabulosas que adoraban los romanos, suprimirían los juegos que se hacían en honor suyo.

Llegando á la época de la reconquista se varia completamente la escena. Ya no vemos á los atletas con su repugnante desnudez revolcándose en la arena; han desaparecido los gladiadores; ahora solo

vemos caballeros armados de punta en blanco, que á pié ó á caballo, en liza ó en campo abierto se disputan los premios. El mismo deseo de adiestrarse para conseguir la victoria, la misma necesidad de una buena práctica para obtener un éxito completo en las batallas, que fué origen de la gimnasia militar, es la que ahora da margen á las *justas* y *torneos*, al *bofordar*, al *lancear* y *romper tablados*, ejercicios ya muy conocidos y encomiados hasta el extremo por los romances contemporáneos, que nos enseñan también que eran igualmente practicados por los sectarios del profeta.

Se contaba asimismo en el número de las diversiones de esta época, la caza, que apenas se conocía en tiempo de los romanos, según expresa el erudito Jovellanos (1). Constituía dos clases diferentes: la de montería y la de cetrería ó volatería, verificándose esta última con los halcones y azores; y se dedicaban á ella con bastante ardor los principales magnates y hasta los reyes.

La invención de la pólvora hizo inútiles la mayor parte de los ejercicios indicados. Desaparecieron los torneos, porque la fuerza física no era tan necesaria en los combates, como cuando consistía en ella el fundamento principal de la victoria. Después de esta época quedaron solo los bailes populares, en los que todavía encontramos reminiscencias de los romanos, porque vemos en ellos el baile guerrero, representado en la danza de espadas, tan usada. Para cada uno de ellos había su canción adecuada, que daba nombre al baile, y por eso se hace mención de la Gallarda, los Gelves, el Caballero, el Villano y el del rey Perico.

Vino por último la comedia, y desde entonces cambió completamente la faz de las diversiones. Es tan popular la historia del teatro, son tan conocidos los nombres de Rodrigo Cota y Naharro, que sería temeridad aun apuntar el origen de las comedias, cuando tan eruditamente le han diseñado Moratin y Martinez de la Rosa.

Resta solo en cuanto á las diversiones públicas que hablemos de las corridas de toros, tan populares entre nosotros, peculiares de España, y que gozan de tanta antigüedad. En los romances primitivos nos dicen que el Cid y otros caballeros famosos por sus hechos de armas, lancearon también toros; pero en ninguno de ellos se designa el origen de esta funcion. Loperaez (2) hace mención de una lápida que se descubrió en los cimientos de la antigua muralla de Clunia, sacando piedra de ellos en el año 1774 para una obra de la iglesia de Peñalba, en la que se representa un toro en acto de acometer, y enfrente de él un hombre que le espera á pié firme con un estoque ó espada, y en la parte superior hay una inscripción celtibérica; y parece que este relieve hace alusión á las corridas de toros. El padre Liciniano Saez (3) juzga en vista de la lápida de que hemos hablado, que antes que los romanos se enseñoreasen de España, ya se sabía el arte de matar toros: algunos autores atribuyen la invención de este espectáculo á los africanos ó á los árabes. Para festejar á los principes extranjeros se acostumbraba á matar toros, según claramente se demuestra en varias cédulas que se conservan en el archivo de comptes de Navarra; y también se ofrecía este espectáculo por voto, como hizo la villa de Roa, que prometió matar cuatro toros en 1394, con motivo de la peste.

DIVERSIONES PRIVADAS.

Desde muy antiguo debieron conocerse las tertulias, porque vemos que Séneca (4) nos hace una pintura del método de vida que tenían muchos de sus contemporáneos, y en nada se diferencia al que varios observan en el día, y que se cree comunmente es pura imitación francesa. Dice aquel filósofo: «Así también viven hoy muchos hombres. Llega el tiempo de amanecer, y entonces se van á dormir; viene la noche, entonces se levantan, comen y se divierten. Está para venir la aurora, entonces cenan.» Es probable que esta diversion de que habla no fuera otra cosa que la reunion de varias personas con objeto de conversar ó entretenerse en el juego como ahora se acostumbra, porque las diversiones públicas nunca se verificaban á aquellas horas.

El juego de ajedrez se remonta también á la mayor antigüedad, pues según dicen, tuvo principio hacia el año 1635 de la creación del mundo, en que Xerses le inventó para enfrenar por este medio la crueldad de cierto principe tirano, enseñándole que la majestad sin fuerza ni ayuda vale poco. Esta invención dió lugar á otra mas sencilla, que fué la del juego de damas, denominado así por los etimologistas, porque puede jugarse con la ligereza de una dama. De uno y otro hallamos mención en los documentos antiguos bajo los nombres de *esochques* y *tablas*, y creemos que también se refiera á este último el que denominaban *alquerque*, según la explicación que del modo de jugarle hace Covarrubias en su *Tesoro de la lengua castellana*, aunque el padre Guadix dice que este nombre es arábigo.

(1) *Anal.*, lib. xvi.
(2) *Epistola* xlv lib vi.
(3) *Ateneo*, lib. i cap. xv.
(4) *Tom. I*, pag. 1.^a, cap. iv.
(5) *De bello Persico et vandolico*, lib. iv.

(1) *Memorias de la Academia*, tom. v.
(2) *Historia de Osma*, tom. ii, pag. 328.
(3) *Monedas de Enrique III*, pag. 504.
(4) *Epist.* 122.

También se conocieron los dados, que se puede decir datan desde los tiempos mas remotos.

Después de estos juegos se inventaron otros varios, algunos de los cuales todavía se conservan; hasta que por último, á fines del siglo XIV, queriendo un francés divertir á su rey Carlos IV, ideó el juego de naipes, llamados así porque los primeros tenían una N y una P, que era la cifra del inventor, Nicolás Pepin. Tamario y el Brocense sostienen que este nombre es arábigo; tal vez puedan conciliarse los dos extremos. No sería extraño que los naipes españoles sean invención de los árabes, porque los que usan los franceses son enteramente diferentes á los que conocemos aquí, y pueden muy bien ser dos invenciones distintas, pudiendo afirmarse tanto mas cuanto que se halla memoria de ellos casi en el mismo tiempo que en Francia.

La legislación relativa á juegos ha sufrido mil alternativas, pues ya vemos que se permiten algunos, ya encontramos que hay prohibición absoluta. En 1276 dió D. Alonso el Sabio el célebre *Ordenamiento de tafurerías*, que dictaba las reglas que habian de observarse en los juegos, cuáles se habian de vedar, y penas con que se habia de castigar todo género de esceso en esta materia. Posteriormente debieron haber causado bastantes daños, porque en las cortes de Alcalá de 1529, se pidió la prohibición total de dados y naipes, que tal vez no surtió efecto, porque se volvió á repetir en las de Bribiesca de 1587, en las de Toledo de 1436, y en otras varias de las posteriores. En estos intermedios de inobservancia de las leyes prohibitivas, parece que llegó á autorizarse la costumbre de que no se jugara sino en determinados sitios, pagando por ello cierto premio ó estipendio, con lo que llegó á constituirse una renta real que se arrendaba, excepto en algunas villas y lugares que eran de su propiedad, mediante donación ó merced del rey. Esto se deduce de la petición 24 de las cortes de Zamora de 1432. Después de las prohibiciones absolutas, vinieron las relativas: es decir, se permitió solo cierta clase de juegos, y se fijó la cantidad que habia de mediar en la apuesta; y al arriendo de los tableros ó facultad de permitir el juego, sucedió el estanco de los naipes, que debió tener lugar hacia 1636, cuando se redujeron á este estado varios efectos y géneros.

Ahora no conocemos mas que una clase de naipes, pero antes debia haber varias, que tomarian el nombre del juego á que estaban destinadas: así debe juzgarse al leer la real resolución de 1.º de diciembre de 1794, en que se fijan los precios de cada baraja y se hace mención del revesino, cascarella é infante, tresillo, dos cabezas, damas y cacería.

Hemos omitido la enumeración de algunos juegos, porque no era posible hacer mención de todos sin exceder los límites de un artículo, y también porque nuestro principal objeto ha sido dar una idea general de las diversiones, sin descender á una especificación demasiado minuciosa, que pudiera molestar á nuestros lectores.

J. F. LLAMAZARES.

EGLOGA VIRGILIANA.

Fermosum pastor...

Con la cabeza en los hombros
y los ojos en la cara,
estaba un día Risela,
la pastorcita de cabras.

Daba voces con la boca,
lamentando su desgracia,
diciendo de aquesta suerte
entre sollozos y babas:

«¿Por qué me huyes, pastor,
y buscas otra zagala?
que cuando de mí te alejas
estás á mayor distancia.

No soy tan fea, Simocho,
que ayer me miré en el agua
de un arroyuelo muy sucio
(no tanto como mi cara),

Y me ví sobre la boca
una nariz, que aunque chata,
sirve para estornudar,
y que para oler me basta.

Blando el pelo cual las crines
de los babcas que guardas,
y dos ojos mas brillantes
que los ojos de mi gata.

Vuelve á mi lado, pastor,
sin tí la vida me enfada,
sin tí no puedo dormir...
hasta que me echo en la cama.»

Esto decia llorando
Risela la despreciada,
y el pastor allá en el monte
proferia estas palabras:

«Llora, muger, llora, llora
mientras yo no diga «basta»;
ya no me engañas, Risela,
que he conocido tus maulas.

Y esta liga, última prenda
que de tu amor conservaba,
puesta en un palo, de látigo
me servirá, que es bien larga.»

J. G. DE TEJADA.

ROMANCE.

Tinto baja el Guadalete,
tinto baja en sangre goda;
allá va el rey Don Rodrigo
despechado y sin corona.

Sobre un árabe caballo
el traidor conde le acosa:
«Pára, pára, rey Rodrigo,
pára, pára en mala hora.

Vuelve el rostro y blande el hierro,
y á la lid furioso torna;
ya que mueras á mis manos,
que te mate yo con honra!»

Ni las selvas ni los montes
al fogoso Orella asombran;
por los vientos despeñado
selvas trunca y montes doma.

Mucho el conde atrás quedaba,
mucho corre, poco logra;
allá va el rey Don Rodrigo
despechado y sin corona.

F. ZEA.

Habiendo consultado Zenon el estóico á un oráculo acerca del género mejor de vida que podría elegir, le fué contestado: que conversase con los muertos; ó lo que es lo mismo, que se dedicase á la lectura.

Los que se dedican á la carrera de las letras, suelen pasar por tres situaciones diferentes. Cuando empiezan, forman una idea ventajosa de sus luces; cuando han hecho algunos progresos y ven las dudas y vasta extensión de las ciencias, caen en el desaliento; y por último, cuando han llegado ya al apogeo de la ciencia, se persuaden de que hay conocimientos utilísimos que se pueden adquirir sin un inmenso trabajo, siempre que se elija lo mejor de cada género.

Recorriendo sus estados un emperador de la China, entró en una casa, en la que el dueño, sus mugeres, sus hijos, sus nietos y sus criados pasaban la vida en una armonía tan grande, que lleno de admiración, preguntó al anciano venerable, de qué medio se valía para mantener la paz entre tanta gente. El chino tomó un pincel y escribió estas tres palabras: *paciencia, paciencia, paciencia*.

SOLUCION DEL JEROGLÍFICO PUBLICADO EN EL NÚM. 30.

A viento fuerte no hay remedio.

Director y propietario D. Angel Fernandez de los Rios.

IMPRENTA DEL SEMANARIO PINTORESCO É ILUSTRACION
A cargo de G. Alhambra.